



CAMERON CARTER

LIAH JONES

@Liah Jones

Primera edición: septiembre de 2019

Copyright

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, por cualquier medio electrónico o mecánico, sin la autorización previa y por escrito del autor.

Ahí me encontraba yo, inclinado sobre el Camaro, con la cabeza metida en el habitáculo en el que una de esas mujeres casadas y preciosas estaba sentada, cuando noté que alguien me agarraba el culo. Con el sobresalto, me golpeé la cabeza contra el techo antes de poder sacarla para ver quién me había pellizcado así, y me quedé de piedra al comprobar que la chica nueva contratada como dependienta para la tienda de recambios caminaba hacia el establecimiento con una sonrisa socarrona en los labios.

—¡Eh! —le chillé con diversión—. ¿Qué ha sido eso?

Ella me guiñó un ojo.

—¡Me lo has puesto en bandeja!

“Ese” fue el punto de inflexión.

Se llamaba Savannah, un nombre que pude comprobar que le venía como anillo al dedo. Su personalidad era arrolladora como la de una leona, y ese también era su horóscopo.

Rubia, decidida, preciosa, caliente como el infierno... todas esas cosas hicieron que comenzara a perseguirla con la mirada allá donde fuera. Al principio me resistí, no quería ninguna relación ni tampoco tensión sexual en el ambiente de trabajo. Porque, aunque no lo parezca, en realidad soy muy serio con lo que hago. Pero a pesar de todo eso, no pude evitar que mi atracción por ella creciera día tras día.

Encontraba cualquier excusa para entrar a la tienda de recambios a verla; excusas cada vez más absurdas, desde “se me ha estropeado una bujía” hasta “me estoy planteando tunear mi coche”. Tengo un Pontiac Firebird negro con un águila roja en el capó, por supuesto que no lo tocaría ni muerto.

Lo que tampoco me ayudaba demasiado era que nos lleváramos tan bien. Compartíamos los mismos gustos; la afición por los motores, las películas de acción y suspense, incluso el fútbol. ¡Era como yo, joder, pero en mujer! Y eso me cautivó de una forma que nunca antes había experimentado.

Muy pronto ya éramos cercanos, buenos colegas de trabajo o algo así, supongo. Salíamos con los demás compañeros para tomar copas alguna vez, pero siempre encontrábamos la excusa perfecta para quedarnos solos al final de la noche. Y yo podía pasarme horas escuchándola hablar, simplemente mirándola gesticular con esos ojos marrones y esos labios jugosos que te atrapaban, o robando disimulados vistazos a sus largas piernas y a ese lugar en su escote donde se asomaban esos preciosos pechos tan respingones.

Supuse que ella me tenía por alguien con el que desahogarse, porque me contaba anécdotas sobre los tíos con los que salía y las “citas desastre” que tenía con ellos. Y en mi forma de verlo, pensé que era buena señal. Al fin y al cabo, si me lo contaba significaba que me consideraba un buen amigo.

—¿Y por qué no sales con tíos más serios en vez de con esos tipos tan inmaduros? —se me ocurrió preguntarle una vez. “O conmigo”, agregué internamente en mi cabeza.

Ella liberó una risa, casi burlándose de mí.

—¿Salir? Yo no salgo con nadie —al verme tan pasmado, agregó, mojándose los labios con la lengua—: No quiero relaciones amorosas, solo amistad y buen sexo.

Nunca había oído decir algo así a ninguna mujer, soy un antiguo, qué se le va a

hacer, pero la cuestión es que aquello me dejó hecho un galimatías.

¿Sexo y amistad? ¿Sin amor? ¡Vamos, ese es el sueño de cualquier tío!

—Pues si eso es lo que quieres, y la amistad ya la tenemos, estoy disponible para la siguiente parte cuando tú quieras —murmuré inclinándome para mirarla directamente y ofrecerle mi sonrisa maestra.

Ella me miró los ojos, después la boca, y se inclinó para besarme sin más.

Savannah quemaba, era pura pasión sin diluir. Su lengua era fuego ardiente enroscándose en la mía hasta que nos faltó el aire.

Y para cuando eso sucedió, yo ya estaba en su asiento con ella montada sobre mis caderas, mi polla contra su sexo y su pelo alborotado y rubio encerrado en mi puño apretado.

Jadeamos juntos, mirándonos de muy cerca, y me susurró:

—Cameron, llévame a tu casa.

Dos años más tarde, estábamos follando como animales sobre una mesa en la habitación diminuta del almacén de recambios. En esa habitación se guardaban las devoluciones, así que solo la ocupaba esa mesa y, rodeándola, estanterías hasta el techo llenas de cajas de cartón con piezas defectuosas o rotas dentro.

Sí, sé lo que dije acerca del sexo y la tensión sexual en el trabajo, lo mucho que me lo tomo en serio y todo ese blah, blah, blah, pero sigo siendo un tío. Y tener a tu chica caliente en el trabajo, tentándote como lo hace ella, es imposible de resistir.

La tenía sentada en la mesa, con su falda lápiz de oficinista sexy arrugada en las caderas y sus largas piernas a mi alrededor muy apretadas, tan apretadas que casi me dolía. Y yo, agarrándola bien fuerte por las nalgas desnudas, metía y sacaba mi polla de ella con un frenesí salvaje. La besaba para no gritar, o que ella gritara, porque los besos eran lo único que podía ahogar tanto placer.

Elevé su pierna y la sujeté por debajo de la rodilla con mi antebrazo para poder hundirme más profundo en su interior, y que mi pubis chocara contra su clítoris con cada golpe. Sabía que así ella llegaría al orgasmo muy pronto.

—Ah, Cam, estoy casi a punto... —gimotearon sus labios llenos e hinchados por mis besos.

Aquello me incentivó, yo también estaba tremendamente excitado por la situación en aquel cuartucho lleno de polvo flotando, con nuestros compañeros afuera y conteniéndonos para no gritar mientras nos movíamos sobre la madera con un ritmo brutal, acompañados por los sonidos de nuestros cuerpos chocando.

Estaba a un segundo de estallar en su interior.

—Espera, no te corras.

¿Qué? Abrí los ojos, que tenía apretados para contenerme y poder durar hasta que ella llegara al clímax, y la miré con una expresión de absoluto desconcierto.

—¿Cómo que no me corra?

Ella me empujó el pecho para cambiar la postura de su trasero sobre la mesa.

—Si te corres dentro de mí no podré volver al trabajo enseguida. En cuanto me ponga en pie... No quiero ensuciarme la ropa interior.

Arrugué la frente sin dejar de follarla, pero sintiéndome ligeramente decepcionado a pesar de que lo comprendía.

—Entonces déjame correrme sobre ti.

Savannah asintió, enviando mechones de su pelo adelante y atrás con cada una de mis embestidas. La besé con fuerza y golpeé con más ganas la cadera contra su clítoris, notando cómo ella empezaba a convulsionar.

—¡Ca...!

No la dejé terminar de pronunciar mi nombre, aplasté mi boca contra la suya y le mordí los labios, absorbiendo el sonido para que nadie en el exterior lo escuchara. Mientras tanto, roté las caderas para arrancarle cada chispa de placer, notando que se volvía apretada y esponjosa alrededor de mi polla.

Ahí llegué a mi límite.

En un arrebató, y sintiendo ya las primeras contracciones de mi eyaculación, salí de ella y apoyé la frente sudorosa contra la suya, machacándomela contra su vientre hasta que comencé a descargar espesos chorros claros sobre él. Mi cuerpo era un nudo, mi mandíbula tan tensa que me crujieron los dientes, y me agarré a la mesa como pude por la tremenda intensidad del orgasmo.

Después de esos preciosos segundos en blanco, solté todo el aire en un soplo y prácticamente me derrumbé sobre la dulce Savannah.

Esto era lo que había. Una chica preciosa y caliente mantenía relaciones de amistad y sexo con su compañero de trabajo desde hacía dos años. Ambos estaban muy unidos en un balance perfecto, porque ambos tenían muy claro lo que querían.

Hasta ahí, todo genial.

El problema era que él ya no lo tenía tan claro. Lo que él se callaba, y no podía decir por miedo a perder esto que tenían, era que siempre había querido más. La quería de verdad, quería que fuera suya, no como cualquier follamiga con la que uno echaba dos polvos y pasaba a otra cosa.

Pero ¿cómo iba a decirle yo eso a Savannah? Tenía miedo, un miedo feroz de que ella lo terminara y me dejara si le pedía más.

¿Y lo peor de todo? Que también sabía que ella se lo hacía con otros.

Así había pasado el tiempo. Dos años manteniendo relaciones sin ánimos de avanzar, dos años con ella sabiendo que se acostaba con más gente, pero sin poder decirle nada porque no estábamos oficialmente juntos. Y agonizando, porque me había enamorado como un idiota de ella.

En esos momentos todavía no sabía que aquello solo era el principio de mis pesadillas. Me estaba vistiendo y enderezando la corbata violeta que llevaba puesta cuando unos nudillos llamaron a la puerta. Savannah me lanzó una mirada medio apurada y medio divertida, y terminó de abrocharse la camisa con el pelo revuelto como si acabara de ser alcanzada por un huracán.

Mientras respondía “¡un momento!” me acerqué y le cepillé los mechones sedosos con los dedos, luego la besé con gentileza en la boca.

—Voy a abrir.

—De acuerdo, sal tú, ahora voy.

Descorrí el pestillo y giré el tirador, encontrándome cara a cara con mi jefe, el

señor Dowling. Ese hombre simpaticón y algo rechonchete estaba riéndose como un niño y mirando hacia atrás, a una mujer alta y espigada de cabello rojo y muy muy rizado. Después se volvió para mirarme.

—¡Ah, aquí está mi mejor vendedor, Cameron Carter! Ven aquí, chico, te traigo a la nueva comercial para que la conozcas —canturreó, prácticamente sacándome de la habitación con el brazo envuelto en mis hombros.

¿Nueva comercial?

Yo di un último vistazo a Savannah y le lancé un disimulado beso y un guiño, riéndome por lo bajo mientras les seguía. Ella se mordió los labios para contener la sonrisa.

—Esta es Mia Dornan, es su primer día aquí, así que espero que le expliques muy bien cómo funciona todo esto. ¡Y también tus trucos para incrementar las ventas, por supuesto!

Le eché un vistazo mientras caminábamos. Era muy alta, y eso me incomodaba un poco. No es que yo sea bajo y, aun así, tenía que mantener la cabeza recta para mirarla. La forma en que caminaba parecía un tanto torpe, y no sabía decir si la encontraba agraciada o no; su cara cubierta de pecas me resultaba demasiado extraña.

Ella me mostró una sonrisa fría cuando estrechó la mano que yo le ofrecía.

—Soy Mia, encantada.

—Cameron, pero puedes llamarme Cam. Tú, en cambio, lo tienes mucho más fácil con ese nombre de dos sílabas —solté sin pensar qué idiotez decía.

Después me sentí como un memo cuando ella me miró con una expresión que gritaba “ha sido ridículo”.

Mi jefe me dio un codazo en las costillas.

—Bueno, os dejo solos para que os vayáis conociendo. Llevaos bien, ¿entendido? Aquí somos como una gran familia, Mia, ya lo verás.

Eso era cierto, todos éramos una gran familia; comerciales, mecánicos, vendedores en la tienda de recambios... Pero esta chica parecía no entenderlo. Me daba la extraña sensación de que me miraba mal, y no comprendía por qué, si no me conocía de nada.

¿Tal vez era demasiado competitiva y no le había gustado que me presentaran

como el mejor vendedor?

Resumiendo, mientras la llevaba de recorrido por los talleres, presentándole al equipo de mecánicos y explicándole con mi mejor sonrisa cómo funcionaban las cosas, no me habló ni una sola vez, se dedicó a hacer algún que otro gesto con la cabeza y suspirar de vez en cuando.

Una de dos: o le aburría lo que le contaba o yo no le gustaba nada. Algo que me costaba asimilar, porque, como decía antes, suelo gustar a las mujeres.

Para cuando la conduje a través del concesionario con el objetivo de enseñarle los coches que teníamos a la venta y presentarle al resto de comerciales, ya lo tenía más claro. Obviamente, era yo el que le disgustaba, así que terminé disgustándome también. Había algún tipo de tensión extraña entre nosotros que me hacía corresponderle con las mismas miradas que me lanzaba.

Sin embargo, a Bill, a Sanders, a Anton, a Leigh..., a todos y cada uno de los demás comerciales, les saludó con calidez y un apretón de manos muy amable, y eso solo sirvió para mosquearme todavía más.

Normalmente, a la hora del almuerzo, nos sentábamos a comer en Cheersons, una cafetería de carretera muy cercana en la que solíamos hacer nuestras pausas de trabajo todos los días. Cuando entramos, haciendo sonar la campanilla de la puerta, Savannah no había llegado todavía. Me disculpé para ir al baño, saludando de camino a Sally, la camarera, que siempre me ponía delante el trozo más grande de tarta que hubiera en la carta. Pero cuando volví se me oscureció el día al ver que todos se habían acomodado en las mesas y que el único hueco que me quedaba libre era en la mesa en la que esa chica nueva se había sentado sola.

No me apetecía otra ración de aquella tensión sin sentido que flotaba entre los dos.

A pesar de todo, y como no me quedaba otra alternativa más que hacerlo, me resigné y caminé hasta el sillón enfrente de ella. Me dejé caer con desgana y ahí comenzó nuestra silenciosa guerra particular de miradas asesinas. Mientras miraba a carta, entre bocado y bocado de almuerzo... cada vez que nuestros ojos se encontraban había resquemor en los suyos. Ya estaba planteándome tirar el resto de mi comida a la basura solo por poder volar de allí cuanto

antes, cuando Savannah entró por fin por la puerta.

El alivio de tener su perfume y su presencia a mi lado fue lo único que sirvió para calmarme. Menos mal que tenía a esta mujer.

—¿Mia? ¡Mia Dornan!

Observé pasmado cómo Savannah se le lanzaba encima, envolviéndole con los brazos el cuello y hundiendo la cara en los rizos anaranjados de su pelo como si fueran íntimas amigas.

—Hola, guapa —saludó ella con tono alegre.

Pues sí, al parecer se conocían. Y además, a Savannah la miraba de una forma completamente distinta y adorable cuando volvió a sentarse a mi lado.

—¡Veó que al final me hiciste caso y te presentaste para el puesto! —señaló antes de volverse hacia mí para hablarme con complicidad—. Ya verás lo buena vendedora que es, te va a hacer la competencia pero te va a encantar.

—Seguro —respondí con amargura antes de beber de mi vaso mientras miraba incómodamente hacia un lado.

—Bueno, qué raro se me hace. No nos vemos en diez años, te vuelvo a ver en la reunión de antiguos alumnos de la universidad el mes pasado y ahora vas a trabajar aquí. —De nuevo, se volvió hacia mí para agregar—: En esa reunión me contó que estaba buscando trabajo, así que le recomendé que dejara su currículum en nuestra empresa. Pero ya la daba por perdida después de un mes sin noticias tuyas. ¿Por qué te lo pensaste tanto, Mia?

¿Por qué no te lo pensaste más?, rebatí involuntariamente en mi cabeza. No me gustaba esa parte de mí que esta chica sacaba a flote. Pero tampoco podía hacer nada para evitarlo, ella había comenzado esto.

—Tenía algunos asuntos pendientes antes de poder venir a vivir a Philadelphia. Pero la verdad es que me gustaría poder quedarme definitivamente —la oí decir entre sonrisas.

—¡Eso sería estupendo! ¿Verdad, Cam?

Parecía tan ilusionada que no pude decir lo contrario, así que asentí en silencio.

Aquella misma noche, después de salir con Savannah a tomar algo en un club del centro, la llevé en mi Pontiac a su casa. Tenía pensado hablar con ella

sobre lo de Mia, preguntarle, ya que la conocía tanto, si tenía algún problema que pudiera explicar su aversión hacia mí. Pero la velada había transcurrido con tanta suavidad que no veía el momento de aguarla con ese espinoso tema.

Entramos y nos sentamos juntos en la cocina. Estábamos tomando café cogidos de la mano y la miré entera mientras le acariciaba los nudillos.

—Eres preciosa —murmuré acercándome hasta rozar sus labios con aroma a café con los míos. Y cuando me di cuenta de la cursilada que acababa de decirle, añadí—: Y me muero por follarte.

Ella explotó en risas entre nuestros besos.

—Pues menos mal que lo has arreglado con esa frase, ya había pensado que te estabas enamorando de mí.

Vaya, demasiado tarde para eso. Ya lo estaba desde hacía mucho, y hasta las trancas.

Sin responder, seguí besándola y la levanté del taburete en el que estaba sentada, conduciéndola entre besos y lametazos hasta el sofá. Llegados allí, le abrí los botones de la camisa blanca que llevaba uno por uno y me dejé caer con ella sobre los cojines, con la boca en su delicioso escote.

—Cam...

—Umm? —respondí entre sus pechos, saboreando con la boca y los dientes su redondeada carne.

Mientras tanto, notaba cómo Savannah me desabrochaba el cinturón y los botones y me introducía ambas manos en los calzoncillos para agarrarme la polla con ellas. Gemí grave y ronco, balanceando la pelvis adelante y atrás para sentir el placer de su tacto, de su agarre fuerte.

—¿Qué opinas de Mia? —soltó de pronto.

Ahí estaba, en el momento más inoportuno de todos. Alcé los ojos entrecerrados hacia ella y seguí jadeando al tiempo que apresuraba el ritmo de mis movimientos. No sé por qué lo hice, tal vez pensé que debía correrme muy rápido, antes de que la fiesta terminara por culpa de ese dichoso tema.

—¿Qué pasa con ella?

—Nada. Quería saber qué te parece. —Miró al techo y suspiró con expresión lejana, algo completamente contradictorio a la forma dura en la que me estaba masturbando—. Es una antigua compañera de universidad. Dejó las clases de repente, en medio del semestre, y siempre me sentí fatal por eso.

Torcí mi cara en una mueca de deleite, envuelto en una bruma de placer, y sentí que dejaba ir un pequeño chorro caliente de líquido preseminal sobre sus dedos. Estaba tan cerca...

—¿Por qué...? ¡Ah! ¿Por qué deberías sentirte culpable por eso? —conseguí decir entrecortadamente con los dientes apretados.

Ella se lamió la palma de la mano con una pasada de lengua y volvió al trabajo, mojándome bien el glande para volverme todavía más loco con sus caricias rápidas.

—Me siento culpable porque dejó las clases por mí. Porque la rechacé.

—¿Qué? —gemí yo, despertando del trance en el que me tenía sumido—. ¿Cómo que la rechazaste? ¿Es que ella es...?

—Lesbiana, sí.

Mi boca se aflojó. ¡Eso lo explicaba todo! Si Savannah le había contado en aquella reunión que estábamos juntos... o lo que fuera que estábamos haciendo ella y yo, entonces no era de extrañar que me lanzara aquellas miradas asesinas.

Seguía enamorada de ella. Claro, ¿cómo no lo había visto antes? Esa mirada de adoración que le había dirigido en la cafetería tendría que haberme dado todas las pistas.

Savannah me liberó de pronto y se enderezó en el respaldo, dejándome allí, en equilibrio sobre un brazo tenso y al borde del orgasmo. Se echó el pelo hacia atrás, cruzando las piernas como si me mandara un mensaje.

Definitivamente, la fiesta había terminado, tal como yo me temía.

—No la rechacé porque no me gustara, fue por otras razones —siguió contando—. En esa época y estaba muy agobiada con la universidad y el trabajo, y no me quedaba tiempo para nada ni nadie más.

Vale, con cada cosa que decía me dejaba más y más sorprendido. Me senté y me pasé la mano por la boca con preocupación.

—¿Insinúas que tú también eres...?

—No soy lesbiana —respondió lanzando el brazo por encima del respaldo, y no me permitió un segundo de alivio antes de soltar—: Soy bisexual.

Bisexual. ¿Bisexual? ¿Cómo que bisexual? O sea, que no solo tenía que competir con todos esos tíos con los que Savannah se acostaba, sino que seguramente también estaba compitiendo con otras tías de las que no tenía ni constancia. Joder, no podía tener peor suerte.

—Es por eso por lo que no tengo pareja estable. Me gustan los hombres y las mujeres por igual, pero me dan cosas distintas y no me decido por unos o por otros. Así que simplemente tengo relaciones esporádicas con gente que me gusta, pero nunca me comprometo más de la cuenta.

Ella jamás me lo había contado directamente, solo lo sabía por las llamadas y mensajes que recibía cuando estábamos juntos. Pero oírsele decir me dolió, y mucho. Yo solo era uno más entre esa gente con la que mantenía relaciones exprés, solo que como estábamos trabajando juntos y éramos tan buenos amigos, aquello se había alargado durante dos años.

Tampoco significaba que fuera especial o el único.

—Y Mia... —continuó ella—, esa chica sigue sintiendo algo, me lo contó en la reunión de ex alumnos. Me dijo que se había quedado con ganas de mí y que, como las cosas se habían precipitado de aquella manera en esa época, no tuvo el valor de volver a decírmelo. Al menos no hasta la reunión.

Me lancé de espaldas a su lado sobre el sofá, estirándome el pelo con fuerza hacia atrás con un profundo suspiro cansado.

—¿Y ahora qué? ¿Te sientes en deuda con ella de alguna manera?

—¡No! —renegó ofendida—. Si estoy planteándome decirle que sí es porque, como te he dicho, ella me gusta.

—¿Planteándote decirle que sí? —musité con incredulidad—. No puedo creer esto.

Al verme tan irritado, dobló una rodilla sobre el cojín y me echó una mirada furiosa.

—¿Qué no puedes creerte? ¡Esa chica es guapa, inteligente y siente algo por mí! ¡Me he acostado con otras personas por mucho menos!

—¡No quiero oírlo! —Me levanté y me abroché los pantalones y el cinturón con violencia mientras la miraba intermitentemente—. ¿Por qué me lo cuentas? ¡No quiero saber esas cosas! ¿Qué quieres de mí, mi permiso?

—¡No necesito tu permiso, estúpido!

Casi me hizo gracia oírle soltar ese taco tan forzado, ella no solía insultar nunca. Pero me contuve porque estaba tremendamente dolido y enfadado.

—¿Sabes qué? Me voy a casa. Haz lo que quieras con esa tía.

—¡Eso haré!

Cerré de un portazo a mis espaldas y salí de allí a toda prisa, pensando que tenía que terminar con Savannah o esta relación que ni siquiera era una relación terminaría destrozándome a mí. Pero para cuando llegué a casa mi determinación se había desinflado como un globo pinchado.

La necesitaba, la quería, la deseaba demasiado como para no intentar aferrarme a ella.

Me desvestí con furia y me metí en la ducha, con los músculos muy tensos bajo el relajante chorro de agua caliente.

No podía dejar de darle vueltas al asunto. En realidad, quería seguir con Savannah, no quería perderla. Sin embargo, los celos que me hacía sentir esa... intrusa... que se había colado de repente en nuestras vidas no me dejaban vivir.

¿Por qué Savannah me lo había contado? ¿Por qué era esa mujer lo suficientemente especial o importante como para que me hablara de sus intenciones de acostarse con ella?

O, tal vez, únicamente me lo había contado porque como trabajábamos juntos y las iba a ver todos los días, de todos modos me iba a dar cuenta en algún momento.

—Mierda, estoy jodido —gruñí, envolviéndome en el albornoz y sentándome en la cama con la cara entre las manos.

De pronto, mi móvil comenzó a sonar en la mesilla de noche. Lo alcancé por curiosidad y el nombre en la pantalla me hizo sudar y me aceleró el corazón como si fuera una locomotora fuera de control.

Savannah

¿Qué quería de mí? ¿Pedirme perdón? ¿Enviarme a la mierda? ¿Contarme su decisión?... Las posibilidades se multiplicaron en mi cabeza mientras miraba fijamente la pantalla, todavía paralizado. No sabía qué hacer.

Finalmente, me armé de valor y, con los ojos cerrados, pulsé “responder”.

—¿Sí? —suspiré.

—Cam...

El dolor, la angustia y el llanto me alcanzaron desde el otro lado de la línea, haciéndome erguirme para prestar más atención.

—¿Savannah? ¿Estás bien, nena?

—Lo siento... Lo siento, Cam, de verdad. ¿Podemos hablarlo? No quiero... No quiero perder lo que tenemos —tartamudeó entre hipos de llanto.

Nunca la había oído tan acalorada o tan triste, y aquello me llegó tan profundo que la perdoné al instante. Yo era especial para ella, era lo único que me importaba.

—Todo está bien. No llores, ¿vale? Nunca habíamos discutido, por eso nos hemos enfadado tanto. Pero tranquila, ya no estoy enfadado, seguimos bien. ¿De acuerdo?

Al oír mis palabras tiernas y el afecto con el que las había declarado, ella suspiró y dejó ir un “gracias” tan bajito que apenas lo pude escuchar.

—Lo hablaremos, Savannah, no te preocupes. Sigo aquí, a tu lado, y no me vas a perder.

Después de aquello, los días posteriores en el trabajo fueron realmente duros y estresantes para mí. ¿El motivo? Mientras intentaba vender los coches a los distintos tipos de clientes que venían, ya fueran simpáticos, estúpidos y bordes, o se creyeran más entendidos que yo en temas de motor y prestaciones, tenía el peso añadido de tener que ver a mi rubia coquetear con la intrusa.

Ellas dos estaban juntas ahora, de eso no me cabía ninguna duda. Y si la hubiera tenido, por las miradas, caricias y gestos que se dedicaban la una a la otra a diario me habría quedado muy claro.

Se habían acostado, eso también era evidente. Tenían una química juntas que me hacía sentir unos celos irrefrenables.

“Me gustan los hombres y las mujeres por igual, pero me dan cosas distintas y no me decido por unos o por otros”, habían sido las palabras exactas de Savannah.

Pues bien, yo no podía competir con esa mujer porque ella le daba ese algo que yo no podía darle. Aun así, lo soporté como pude, porque quería a mi chica y sentía que tenía que dejarle su espacio o esto tan delicado que teníamos se rompería.

Pero si pensaba que las cosas no podían ir a peor, estaba equivocado. Todo se complicó una tarde en la que Savannah se acercó hasta el taller donde yo estaba hablando con uno de los mecánicos sobre la reparación de un coche que me había traído uno de los clientes y me preguntó si podíamos quedar esa noche para hablar.

¿Mi primer pensamiento? Iba a dejarme.

No habíamos hecho el amor desde la discusión de aquella noche, y saber que estaba acostándose con la intrusa, y que conmigo no hacía mención de intentarlo, solo servía para ponerme más ansioso y malhumorado.

Así que cuando me presenté a la hora de la cena en el restaurante en el que habíamos quedado para hablar, me encontraba tenso y nervioso. Cuál fue mi sorpresa que, al llegar a nuestra mesa acompañado por el camarero, me topé de frente con Savannah y con esa pelirroja.

Juntas. Esperándome a mí.

¿Qué pretendía, cortar conmigo delante de la intrusa?

—¿Qué hace ella aquí? —pregunté señalándola sin intención de quedarme.

—Siéntate, por favor.

Miré a Mia, pero ella tenía la expresión más indiferente y distante que había visto nunca, así que me di la vuelta con intención de marcharme a casa.

Unas manos envolvieron mi cintura, abrazándome desde atrás para detenerme.

—¡Espera! No te vayas, por favor —susurró Savannah con voz suave y desesperada.

Me volvía débil y me derretía cuando me hablaba así, como cuando estábamos en la cama. Aquella voz me decía que estuviera tranquilo, que no iba a dejarme. Solo por eso me di la vuelta y la abracé, hundiendo la nariz en su pelo y respirando su aroma. Cuando alcé los ojos, mi mirada se cruzó con la de Mia, que nos observaba con los codos sobre la mesa y las manos entrelazadas. No vi malicia ni rencor en ella, así que me retiré del abrazo y asentí a Savannah para que nos sentáramos a cenar.

—Os he traído aquí a los dos porque no puedo dejar que esto siga así —explicó ella tomándome de la mano y mirándonos a uno y a otro—. No soporto saber que soy el motivo de la tirantez que existe entre vosotros.

—Savannah... —cortó Mia.

—Espera, déjame terminar. No he tocado a Cam desde que tú y yo estamos viéndonos, Mia, y no lo he hecho porque sabía que te enojarías. Pero tienes que saber que voy a seguir viéndome con él también. ¿Lo entiendes?

Yo pestañeeé lentamente y Mia asintió con los labios temblorosos y expresión comprensiva.

—Escuchad, sé que no es justo para vosotros, y que es algo egoísta. Pero los dos me gustáis mucho y no quiero tener que elegir, no quiero perder a ninguno. ¿Qué me decís? ¿Tregua?

Mia y yo nos miramos. Asentí al mismo tiempo que ella lo hacía. Ambos sabíamos que cedíamos únicamente por complacer a Savannah, pero de igual modo, también éramos conscientes de que era una tregua necesaria para los tres. Para que esto, fuera lo que fuese, funcionara.

Y Savannah nos puso a prueba más pronto de lo que cabría esperar.

Aquella misma noche, después de la cena acompañada de un poco de vino y de conversación superficial sobre los años de universidad, nos invitó a su casa a ver una película. Yo me encontraba mucho más que incómodo, y se notaba que Mia también. A Savannah, en cambio, se la veía feliz y emocionada con nosotros dos juntos bajo su mismo techo.

Nos invitó a sentarnos en el cómodo sofá gris en el que tantas veces habíamos follado durante estos dos años, y me pregunté si también lo habría hecho con Mia allí. La idea ya no me resultaba preocupante, pero seguía siendo muy difícil para mí asimilarla.

Mi rubia..., ¿o debía decir ahora “nuestra” rubia?, trajo cerveza espumosa para todos desde la cocina y nos dejó las jarras frías y empañadas en la mesilla de café, sobre los posavasos en forma de corazón tan cursis que tenía guardados para ocasiones especiales. Sonreí con diversión al verlos y la busqué con la mirada, topándome sin querer con los ojos risueños de la pelirroja en el camino.

Nuestras sonrisas se borraron, pero nos miramos sin rencor. Incluso la vi alzar un hombro y me entró la risa floja.

—Eh, ¿qué sucede por ahí atrás? No os riáis de mi culo en pompa, ¿vale? — bromeó Savannah agachada mientras manipulaba el DVD con el trasero en alto.

Eso fue suficiente para que Mia y yo comenzáramos a reír más fuerte, pero no la miré de nuevo. No quería estropear esta frágil sensación de calma que nos envolvía ahora.

—Bien, ¡allá vamos! —gritó Savannah saltando sobre nosotros.

La atrapamos al vuelo, ella las piernas y yo el cuerpo, y la dejamos caer en medio de los dos. Cuando se enderezó en el respaldo, entrelazó los dedos con los míos y vi cómo hacía lo mismo con los de Mia.

No quería detenerme a pensar o a juzgar qué era esto que estaba sucediendo. Lo único que tenía que preocuparme era que Savannah fuera feliz, y lo era. Veríamos la película y después volvería a casa, esperando poder tener otra ocasión para estar a solas con mi chica y acostarme por fin con ella.

La deseaba muchísimo. Tanto que había tenido que alargar mis duchas cada mañana desde que no la tenía entre mis brazos. Pero por más que me masturbara, por más placer que me diera a mí mismo, nunca quedaba saciado del todo.

La acumulación de cerveza y vino en mi cabeza, junto con esos pensamientos obscenos y la sensación de su cuerpo suave y mullido contra el mío, hicieron que me endureciera dolorosamente bajo la manta azul con la que nos habíamos tapado. Para rematar, en la pantalla estaban saliendo escenas bastante picantes y subidas de tono.

Malditas casualidades.

Savannah y Mia no dejaban de acariciarse las manos. Aquello me tenía muy

despistado y no me permitía concentrarme en absoluto en lo que sucedía en la película, porque veía el movimiento en mi campo de visión.

Me quedé en shock cuando vi cómo Savannah se inclinaba para besar a Mia delante de mí. Por más que lo hubiera aceptado, por más que le diera mi palabra, verla con mis propios ojos fue demasiado para mí. ¡Ella tenía que saber que eso me molestaría!

Los celos y esa sensación tan desagradable de ser rechazado regresaron con intensidad, y me sentí tan mal que me moví con toda la intención de irme dando un portazo sin volver la vista atrás. Sin embargo, una mano delgada bajo la manta me agarró la polla por encima del pantalón, deteniéndome en el acto. Y cuando volví la vista hacia Savannah, ella comenzó a tocarme mientras me miraba pidiéndome que me quedara.

Lo que me estaba pidiendo era una barbaridad. Y sin embargo, sin poder resistirme a su mirada suplicante, me quedé muy quieto, dejando simplemente que todo sucediera.

Savannah y Mia, cada vez se estaban besando con mayor intensidad, mientras que la mano que yo tenía entre las piernas me desabrochaba a ciegas la bragueta. Extrañamente excitado y avergonzado a la vez por la situación, dejé que me sacara la polla bajo la manta. No estaba a la vista, así que por mi parte fingí que miraba la pantalla mientras esa mano me masturbaba lentamente y con fuerza. Entretanto, ellas dos siguieron con besos cada vez más profundos.

Cuando Savannah deslizó la otra mano hacia abajo por el cuerpo de Mia para acariciarle los pechos, ella la empujó por el hombro para apartarla.

—Espera, Savannah, para —susurró mirándome a mí con apuro.

—¿Y qué? A él también le estoy tocando, mira —levantó repentinamente la manta, enseñándole mi polla al aire sin ningún escrúpulo.

Jadeé por el sobresalto, sintiéndome mortificado y tapándome con la mano sin apartar la vista de la televisión. ¡Mia acababa de verme las partes nobles! Sin embargo, aquello pareció servir para tranquilizarla en cierto modo. Y me dejé perplejo que, aunque a regañadientes, se dejara acariciar por encima de la camiseta rosa que llevaba.

Yo intentaba no mostrar ninguna reacción para no asustarla, pero me resultaba

cada vez más difícil por la forma en que Savannah me deslizaba diestramente la mano hacia abajo, hasta los testículos, y arriba, de vuelta a la punta. Y más aún cuando le introdujo a Mia la lengua febrilmente en la boca y le metió la otra mano por debajo de la camiseta.

Me quedé rígido cuando vi que le desabrochaba el sujetador y que se inclinaba para lamerle los pezones. Tenía unos grandes pezones rosados y preciosos en medio de esos pechos manchados de pecas.

Mia no volvió a protestar. Parecía estar haciendo lo mismo que yo; dejarse hacer y esperar no tener ningún contacto visual conmigo, como si no nos encontráramos en la misma habitación. Pero ver a Savannah por el rabillo del ojo chupando aquellos pezones duros por las caricias y los besos me hizo jadear, arquearme hacia delante y apretar la mandíbula para no correrme.

—¿Qué sucede, Cam? ¿No puedes más? —me preguntó ella con candidez.

Yo gemí y lancé mi cabeza atrás, completamente ido. Estaba a punto, tan cerca...

—Si crees que podrás seguir follando, puedes correrte tranquilo —me aseguró.

Ya no podía más, sentía la polla tensa y a punto de reventar, y ladeé la cabeza hacia ellas para encontrarlas pendientes de mí, de mi expresión de placer y dolor. Aquello solamente sirvió para conseguir que el orgasmo me alcanzara con el triple de fuerza, arrasándome de los pies a la cabeza con una insoportable intensidad.

—¡Ah, jodeer! —rugí al ver que Savannah apartaba la manta y me sacudía la polla con energía, arrancando de la punta largos chorros que caían sobre mi estómago con sonidos más que audibles—. ¡Ah! ¡Aaaah!

—Mírale, Mia. ¿A que no has visto a nadie nunca correrse así de fuerte?

Yo estaba temblando, sudando e intentando sujetarme la camisa para que no se me manchara, pero era demasiado tarde. Tenía corrida por todas partes, incluso en la mejilla. Joder, ¿cómo había llegado tan lejos?

—Es una de las cosas que más me gustan de él —la oí decir con orgullo—. Nunca me canso de ver su cara cuando se corre.

Volví a mirarlas cuando regresé a la Tierra, jadeando exhausto. Ya me daba

todo igual. Savannah me había hecho una paja delante de Mia y ambas me habían observado con excitación mientras me corría. ¿Qué podría ir peor?

Oh, sí, es verdad, que la rubia se pusiera en pie y comenzara a quitarse la ropa.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté limpiándome la mejilla con mi camisa arruinada.

Ella me miró por debajo del borde de su camiseta de manga corta.

—Desnudándome, ¿no es evidente?

—¿Para qué? —insistí, esperando que entrara en razón y buscando a Mia con los ojos para que me apoyara y detuviéramos juntos esta locura.

Pero no me miró, solo miraba la tele con aire ausente.

—¿Tú qué crees, tonto? Te dije que te corrieras solo si podías seguir follando. Y lo has hecho, así que...

Intenté incorporarme, pero me empujó por el pecho contra el respaldo del sofá, observando cómo me volvía a poner duro en cuestión de momentos en contra de mi voluntad y de mi sentido común. Era algo incontrolable.

—¿Lo ves? También estás caliente. ¿Y tú, Mia? ¿No te apetece que sigamos?

Vi con incredulidad cómo la pelirroja asentía con la cabeza. Esto no podía estar pasando, ¿cierto?

—Cam es muy bueno en el sexo oral. ¿Recuerdas que te lo dije? —Me comenzó a acariciar de nuevo la polla mientras me miraba y le hablaba a ella entre ronroneos.

¿En serio le había contado esas cosas? Qué vergüenza.

—Sí, me acuerdo.

Cuando miré a Mia, ella se estaba bajando los pantalones y la ropa interior. No me gustó su cara de resignación; por más que esta situación me excitara, no quería que hiciera nada en contra de su voluntad.

—No tienes que hacerlo —le recordé en un jadeo mientras intentaba resistirme a las corrientes deliciosas que la mano de Savannah me estaba provocando.

—Lo sé, pero quiero hacerlo. A ella le apetece y yo... también estoy caliente.

—Pero creí que no te gustaban... que te iban las mujeres, vamos.

Savannah soltó una ruidosa risotada.

—Y así es, tonto. Pero tú eres muy bueno dando placer con la boca y ella solo tiene que cerrar los ojos y dejarse llevar.

Tragué saliva, pensando que seguro que lo habrían planeado de antemano. Esto no era algo fortuito. Pero no podía pensar con claridad cuando tenía a mi chica sobre los muslos, acariciándomela con maestría, y a Mia subiéndose de pie completamente desnuda sobre el sofá para mirarme desde arriba.

Elevé los ojos hasta ella. Su cuerpo delgado no tenía tantas curvas como el de Savannah, pero desnudo y de tan cerca podía apreciar que era hermoso a su manera. Tenía lunares por todas partes y desde donde estaba podía olerlo. Era un olor dulzón, intenso, que me hacía salivar, no podía evitarlo.

Tomé aire y lo solté, echando un último vistazo abajo, a la chica que tenía montada sobre las piernas y que me dio su permiso diciéndome que sí con la cabeza.

—Ven —gruñí abriendo los brazos hacia Mia.

Nunca la había tocado, más que aquella primera vez cuando nos estrechamos las manos. Así que esta vez, cuando sostuve su mano para acercármela, tuve una sensación extraña y muy excitante al mismo tiempo. La coloqué delante de mi cara, pidiéndole permiso silencioso para sujetarla. Un permiso que ella me concedió cuando abrió los muslos y apoyó una rodilla a cada lado de mi cabeza, en el respaldo del sofá. Su piel era suave, muy suave, cuando la agarré por las caderas y la bajé hasta mi boca. Su vello rojo era fino y rizado, muy liviano, y lo acaricié con la nariz mientras soplaba suavemente sobre su clítoris.

—Ah... —gimió ella apoyando las manos en el borde del sofá. Era extremadamente sensible.

Noté que me endurecía como una bestia al primer toque de mi lengua entre sus piernas, su dulzura me asaltó la boca como un buen vino, y sentí que Savannah me agarraba en su mano y se ensartaba poco a poco con mi polla dura hasta que me quedé hundido profundamente en ella.

Esto era el cielo o la peor de las torturas, no lo tenía decidido.

Mientras lamía y besaba concienzudamente los labios suaves de su sexo empapado, Mia comenzó a gemir y a mover las caderas entre temblores. Yo mantuve la vista en su cuerpo largo, en su ombligo pequeño y bonito, en sus caderas ligeramente curvadas, en sus pezones contraídos por el placer. Tras ella, podía ver aparecer y desaparecer el rostro de Savannah cada vez que subía y bajaba sobre mi verga, y sus manos subieron por el cuerpo de Mia para acariciar esos pezones pecosos que yo había estado admirando.

En pocos instantes, los tres acompasamos nuestros gemidos. Constreñí el ceño y pensé en lo fuera de lo común que era esto para mí. Tres personas dándose placer, ¿quién me lo habría dicho?

Moví la lengua rápidamente contra el pequeño clítoris hinchado de Mia, notando que estaba muy cerca, y supe que sería la primera de los tres en correrse. Alcé la mano y saqué un dedo, deslizándolo adelante y atrás por su raja hasta introducirlo dentro de ella, muy adentro.

Mis gruñidos y ruidos guturales se volvían cada vez más ruidosos. Savannah me cabalgaba sin ninguna piedad, empalándose con facilidad con mi polla empapada con sus jugos. Y saber que la pelirroja estaba en el borde del clímax gracias a mis chupetones, lamidas y caricias me causaba la reacción más intensa y febril que había experimentado jamás.

Su grito surgió ronco cuando empezó a vibrar contra mi boca. Yo la sujeté y la seguí como pude en su orgasmo, lamiendo y hundiendo mi dedo frenéticamente dentro de ella; no podía dejar de mirar su expresión de puro placer.

Estaba ya palpitando, latiendo y a punto de romperme en un orgasmo descomunal, cuando Savannah se arrancó mi polla y apartó a Mia de mí.

—Me toca. También quiero correrme así —explicó entre risas mientras le copiaba la postura y se encajaba en mis labios.

No era que me quejara, pero no me gustaba ver a la pelirroja desconcertada de pie, sin saber qué hacer. Chupé a Savannah con fuerza, aunque mi chica ya estaba balanceando las caderas contra mi boca, y miré a Mia mientras me llevaba la mano hasta la polla para levantarla hacia ella en señal de ofrecimiento.

Le dije con la mirada que todo estaba bien, que podía tomar su placer con ella. Y casi exploté de goce cuando vi que aceptaba, que se montaba a horcajadas

sobre mí y me rodeaba la mano con la suya, dirigiéndome hacia su abertura mojada.

Nunca me había clavado en un coño pelirrojo, así que mientras frotaba locamente el clítoris de Savannah con el pulgar aproveché para asomarme con curiosidad y ver cómo penetraba poco a poco entre los hinchados labios rosa, hundiéndome hasta los huevos en su carne apretada.

La agarré tímidamente por las caderas y comencé a moverla sobre mí, mirándola a ella y a su expresión contraída con delicia mientras lamía de nuevo a Savannah.

Aquello me estaba volviendo loco. Tenía el sabor de mi rubia en la boca, no dejaba de moverse encima de mí, esparciendo sus jugos por toda mi cara. Y detrás de ella, tenía a Mia alzándose y cayendo, chocando con sus nalgas contra mis muslos cada vez que se clavaba mi tremenda erección.

Cada una de esas cosas era un estímulo sobre otro que iban sumándose en un torbellino de sensaciones increíbles, llevándome más y más arriba. Tan cerca...

—¡Ah! ¡Ah, no pares!—le grité a Mia con la boca contra el coño que estaba besando, pero sin apartar los ojos de ella, una mujer que me apretaba como un puño bien cerrado.

Con tres saltos más, solo tres saltos sobre mí, me dejó en el borde del orgasmo.

—¡Me voy a correr! —Machaqué mi pelvis contra su trasero, yendo muy rápido.

Savannah llegó al clímax cuando yo lo hice, puede que por verme así de descontrolado o porque la mordí ahí sin darme cuenta; ambos comenzamos a estremecernos como locos, ella contra mi boca y yo dentro de Mia. Pero la pelirroja no me permitió llenarla; me agarró en cuanto comencé a eyacular y me sacó fuera de ella, sin siquiera masturbarme durante las contracciones. Después de tres o cuatro más me quedé vacío en todos los sentidos y mi cabeza se desplomó contra el respaldo.

Estaba completamente agotado y sumido en una enorme insatisfacción. No sabía por qué, pero había pensado que me permitiría...

—¿Te lo has hecho con él? —preguntó Savannah incrédula mientras miraba a

Mia y a mi pene medio empalmado encima de un charco blanco.

Ella dijo que sí en silencio.

—Lo he sacado a tiempo, no pasa nada.

—¿Qué sucede? —pregunté con la voz rota, alzando costosamente la cabeza.

—Que Mia no se acuesta con hombres. Nunca. Y cuando digo nunca, me refiero a que esta era su primera vez.

Me quedé congelado. ¿Yo había... había sido el primero?

—Ella no toma anticonceptivos, así que recemos por que no la hayas dejado embarazada, semental —bromeó guiñando un ojo hacia el charco blanco.

—No pasa nada. Me aparté a tiempo —repitió Mia poniéndose en pie.

Aquello era una locura. Una auténtica locura. Y no podía creer lo que acababa de hacer. No solo me había acostado con dos mujeres a la vez, sino que una de ellas ni siquiera había dormido con un hombre antes.

¿Ves a ese tipo de ahí, ese que luce un traje gris carbón con una corbata azul y que está inclinado sobre un Camaro del sesenta y nueve...?